

1,2,3 ¡¡¡¡¡ VÉNTAME!

CAMINAR A LA LUZ DEL DÍA O DE NOCHE

Imagínate: es de noche, tienes que atravesar el bosque solo. Puedes llevarte un bocadillo, una brújula o una linterna. ¿Cuál de estos 3 objetos elegirás? ¿El bocadillo, la brújula o la linterna?

¿Has elegido? ¡Bien! Yo también: tomaré la linterna. No quiero caminar a ciegas. Quiero ver dónde paso y no equivocarme de camino. Necesito luz.

Alguien dijo una vez: “Yo soy la luz del mundo. El que me sigue nunca andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida”.

¿Sabes quién dijo eso?

Es Jesús. Él es la luz del mundo. Pero, ¿entiendes lo que quiere decir?

Vamos a escuchar esta historia que se encuentra en el capítulo 9 del Evangelio de Juan. Abre bien los oídos.

JESÚS, LA LUZ DEL MUNDO

En las calles de Jerusalén hay muchas idas y venidas. Jesús y sus discípulos caminan entre la multitud. Ven a un hombre sentado en el suelo, un mendigo. Es ciego de nacimiento. Este hombre nunca ha visto la luz ni sus alrededores. Todo es negro; siempre ha vivido en la oscuridad, en las tinieblas. Los días, las noches, todo es igual.

- Señor, preguntan los discípulos, ¿por qué nació ciego? ¿Fue él quien pecó o sus padres?



- No es que pecó, ni tampoco sus padres, responde Jesús, sino para que todos puedan ver lo que Dios es capaz de hacer. Yo soy la luz del mundo.

Jesús escupe en el suelo, se agacha y con los dedos mezcla su saliva con el polvo.

Hace barro, toma un poco, se acerca al ciego y se la pone sobre los ojos.

- Ahora ve a Siloé y lávate con el agua del estanque, le dice.



Sin hacer preguntas, el ciego obedece y a tientas llega a Siloé.

Coge agua en las manos y se lava la cara para quitarse el barro.

Cuando se levanta, la luz le deslumbra. ¡Él ve!

Por primera vez en su vida, no está a oscuras.

Descubre todo lo que le rodea. ¡Ve perfectamente!

Es un milagro ¿Se ha acercado Dios a él?

Rápidamente se da cuenta de que su vida no será igual, todo está iluminado, ¡ahora vivirá en la luz!



Con paso decidido, lleno de alegría, se pone en marcha y va en busca de su familia.

A su paso, la gente se asombra:

- Pero, pero... ¡pero parece el ciego!

- Sí, se parece a él. Siempre estaba sentado ahí pidiendo limosna.

- Sí, sí, es él, lo ¡reconozco!

- Pero no, vamos, ¡no puede ser él!

- En cualquier caso, si no es él, ¡es alguien que se le parece!

- Pero sí soy yo, soy realmente yo, les dice.

- Pero, entonces, ¿cómo es que ahora ves?



- Cuéntanos qué pasó.

- Bueno, el hombre llamado Jesús hizo un poco de barro, con este me untó los ojos, luego me dijo: "Ve a Siloé y lávate". Fui, me lavé y de repente vi claro.

- ¿Y dónde está ese Jesús?

- No lo sé, les responde.

Algunos hombres están enojados. Lo llevan ante los religiosos, los fariseos, que lo interrogan.

- Este individuo, este Jesús, dicen, no respeta nuestra religión: ha hecho barro, aunque hoy sea sábado. Todo el mundo sabe que está prohibido trabajar en sábado. ¡Este Jesús no puede ser de Dios!

- Pero, aun así, dicen otros, ¿cómo podría un simple hombre realizar tales milagros?

Empiezan a argumentar.

- A ver, tú, le preguntan al ciego, ¿qué dices de ese Jesús?

- Para hacer un milagro así, seguramente es un profeta, un mensajero de Dios, responde.

Llaman a sus padres.

- ¿Es este su hijo? ¿Realmente nació ciego? ¿Cómo es que ahora puede ver claramente?

- Ciertamente es nuestro hijo, dicen, y nació ciego. Pero cómo fue sanado, pregúntenle, tiene edad suficiente para responder.

Los fariseos están cada vez más enfadados. Incluso ante ese milagro, no quieren admitir que Jesús es de Dios.

Vuelven a interrogar al ciego.

- Desde que el mundo existe, nadie ha oído hablar de que alguien haya curado a un ciego



de nacimiento. Si este hombre que me curó no hubiera venido de Dios, no podría haber hecho nada. Lo vilipendian y lo echan. Jesús se entera de ello.

Se dirige a él y le pregunta:

- ¿Crees en el Salvador prometido que tiene que venir?

- ¿Quién es ese Salvador para que yo crea en él?

- Soy yo, le dice Jesús

- Creo que procedes de Dios. Creo en ti, dice el hombre, inclinándose ante Jesús y adorándolo.

1, 2 3, 4 ¡Y TÚ Y YO!

Cuando alguien nos explica algo y lo entendemos, solemos decir: "Sí, veo lo que quieres decir". Por supuesto, no son nuestros ojos los que ven, los que están iluminados, sino nuestra inteligencia. Esto es exactamente lo que le pasó a este ciego.

Una vez sanado, ve claramente. Él sabe dónde está, ve el camino frente a él y sabe hacia dónde se dirige. Ve con sus ojos, pero también ve con su corazón, su mente está iluminada. Entiende que Jesús es realmente el Salvador prometido, el Hijo de Dios.

Y para ti, ¿quién es Jesús? Te sugiero que lo pienses bien.



4, 3, 2, 1 ¡Y NOSOTROS LOS PADRES!



Al nacer, nuestro bebé no puede ver con claridad, pero su vista mejora rápidamente, ve la luz y distingue los rostros de sus padres.

La visión que nuestros hijos tienen de Jesús, la luz del mundo, se hará más clara a medida que escuchen la Palabra de Dios. Animadlos a leer las historias del Evangelio, a rezar solos y con vosotros.